



Desmenuzando unos textos empapados de vida

Vuelve los ojos a Dios que es comunión y, con asombro y humildad, bendícelo y adóralo, reconociéndolo como el único Señor”; es lo que nos pide el Papa Francisco (5-10-2023), al igual que la primera lectura (Is 45,1.4-6) y el Evangelio (Mt 22,15-21) de hoy.

Ciro es “tomado de la mano... para que de Oriente a Occidente sepan que...Yo soy el Señor y no hay otro”.

Jesús pide: «Dad a Dios lo que es de Dios» (cf. Mt 22,21).

Pero...¿qué es lo de Dios? ¿Qué hemos de entregarle? ¿Cómo reconocer su señorío?

Ofreciéndole el corazón que, en el lenguaje de la Biblia, es el centro de nuestro ser; de ahí la invitación que se hace en el libro de los Proverbios: “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida” (Pr 4,23). Es un verdadero santuario interior, porque «no nos imaginemos huecas en lo interior», decía Teresa de Jesús a sus monjas para hacerles caer en la cuenta de que el Señor habitaba su intimidad.

Esta petición se que nos hace hoy, hay que relacionarla con lo que dice el profeta Oseas al pueblo de Dios:

“Yo la voy a enamorar: la llevaré al desierto y le hablaré al corazón”. (Os 2, 14)

En este quehacer, es necesario que seamos conscientes de la importancia que tiene el desierto, como lu-

gar para vivir una intensa experiencia de interioridad. Ha sido así a lo largo de la historia de la Iglesia. Muchos cristianos han amado y buscado el yermo, incluso, en su materialidad.

En Tierra Santa se encuentran las “lauras” del desierto de Judea. Son cuevas excavadas en la roca. Construcciones rudimentarias encaramadas en voladizos. Los primeros monjes de la historia de la Iglesia vivieron allí en soledad, silencio y austeridad.



Eligieron este lugar, sin duda ninguna inhóspito, como su hogar para confesar mejor que **solo Dios es el Señor** y, desde entonces, ha sido y sigue siendo escuela de sabiduría. La Palabra proclamada, acogida, rumiada en este marco, transforma siempre el corazón de la persona haciendo de él un santuario.

El yermo sigue floreciendo porque hay cristianos que lo eligen como su morada. Donde nosotros, quizás, solo vemos vacío, tristeza y dureza, ellos experimentan alegría por la cercanía tierna que les brinda el Altísimo.

¿Y si fuera realmente el lugar donde Dios habla palabras de amor a su pueblo, incluso hoy, en un tiempo que parece que se nota más que nunca su silencio y ausencia?

El desierto, hoy, más que un lugar es, ante todo, un modo de vida que hemos recuperado para vivir nuestra vida cotidiana con “calado” y a la “sombra” de una **Presencia**.

En este marco, aparentemente desolado, Dios se acercó al pueblo de Israel. Envuelto en esta maravillosa y

siempre desconcertante experiencia, se convirtió a su Creador y Salvador. Lo hizo, como nos narra la Biblia, en medio de la incertidumbre y la traición; pero al final destruyeron todos los ídolos que se habían fabricado para que Yavhé fuese únicamente su Señor.

Es en el desierto, y nuestras ciudades lo son, donde podemos aprender a vivir el estilo del Reino de los cielos. Es el lugar propicio de la conversión. En él se experimenta la cercanía de Dios y su cariño.

Un pedazo de desierto se puede tener al ritmo de nuestros días. Basta con aprovechar el retraso de un autobús para empezar a pensar seriamente en lo que importa, haciendo un poco de vacío por dentro y a nuestro alrededor. También podemos sumergirnos en una soledad fructífera cuando cruzamos apresuradamente nuestro barrio o cuando, en un rincón oscuro e íntimo de una iglesia, hacemos tiempo para una cita a la que hemos llegado anticipadamente y...tantas otras oportunidades.

De este modo, nos vamos convirtiendo en contemplativos de la vida cotidiana capaces de leer la realidad de cada día, desde el misterio que llevamos dentro.

Necesitamos vivir esta espiritualidad. Es lo que se pide en la oración colecta -atribuida al Papa Gelasio- de este día: “servir a tu grandeza con sincero corazón”. Si así lo pedimos es porque reconocemos a Dios como nuestro señor y por eso queremos servirle y la caridad, como afirmará Isaac que fue abad cisterciense de Stella (Francia s. XII), siempre será la mejor tarea que podemos ofrecerle.





Sal 95, 1 y 3. 4-5. 7-8. 9-10a y c

**Cantad al Señor
un cántico nuevo,
cantad al Señor, toda la tierra.
Contad a los pueblos su gloria,
sus maravillas a todas las naciones.
Porque es grande el Señor,
y muy digno de alabanza,
más temible que todos los dioses.
Pues los dioses de los gentiles no son nada,
mientras que el Señor ha hecho el cielo.
Familias de los pueblos, aclamad al Señor,
aclamad la gloria y el poder del Señor,
aclamad la gloria del nombre del Señor,
entrad en sus atrios trayéndole ofrendas.
Postraos ante el Señor en el atrio sagrado,
tiemble en su presencia la tierra toda.
Decid a los pueblos:
«el Señor es rey,
él gobierna a los pueblos rectamente».**

Cuando uno se siente poseído por el Rey de la Gloria, su vida se convierte en un cántico nuevo que se hace una invitación dirigida a todos. Es lo que acontece en esta gran oración de alabanza que es el salmo 95 (96). Pertenece a los llamados salmos reales

en los que se celebra el señorío de Dios que se reconoce y se ama. Cuando él reina, cuando se reconoce su “poder”, en el mundo reina la armonía: elemento indispensable por la convivencia santa y grata. Es el precioso fruto de la fe, pero la fe tiene una alternativa: la incredulidad.

Hay personas que se consideran “ateos”, pero una verificación más profunda, nos lleva a considerar cómo hay realidades que, de hecho, se imponen como “dioses”, verdades, principios, criterios de interpretación, subjetivos... y de manera “absoluta”. En este sentido es muy importante no olvidar la afirmación que se hace en el salmo: *“los dioses de los gentiles no son nada, mientras que el Señor ha hecho el cielo”*.

Estos principios, lo que podríamos llamar ideologías, deben ser guiados e iluminados por el evangelio. De lo contrario corren el riesgo de erigirse en divinidades que gobiernan la existencia humana esclavizándola. La gran invitación que se nos hace es “*proclamad día tras día su victoria*” y el triunfo que se invita a celebrar con sinceridad de corazón, es el que se llevó a cabo en la cruz. En ella el Hijo de Dios puso en paz todas las cosas. En ella “*Regnavit... Deus*” como bellamente se canta en el himno “*Vexilla regis*” de Venancio Fortunato (s.VI-VII)

Cuando conocemos a una “*mujer de Dios*”, o a un “*hombre de Dios*”, quedamos extasiados por el esplendor de su existencia, muchas veces aparentemente muy modesta y, sin embargo, ¡llena de grandes maravillas! porque han hecho de ella un auténtico cántico nuevo.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

**Domingo XXIX
tiempo “per annum” “A”**

**Un texto para guardar
en la memoria del corazón**



Esto dice el Señor a su Ungido,
a Ciro:
«Yo lo he tomado de la mano,
para doblegar ante él las naciones
y desarmar a los reyes,
para abrir ante él las puertas, para que los
portales no se cierren.
Yo soy el Señor y no hay otro;
fuera de mí no hay dios.
Te pongo el cinturón, aunque no me conoces,
para que sepan de Oriente a Occidente
que no hay otro fuera de mí.
Yo soy el Señor y no hay otro».

Isaías 45, 1. 4-6